



VI

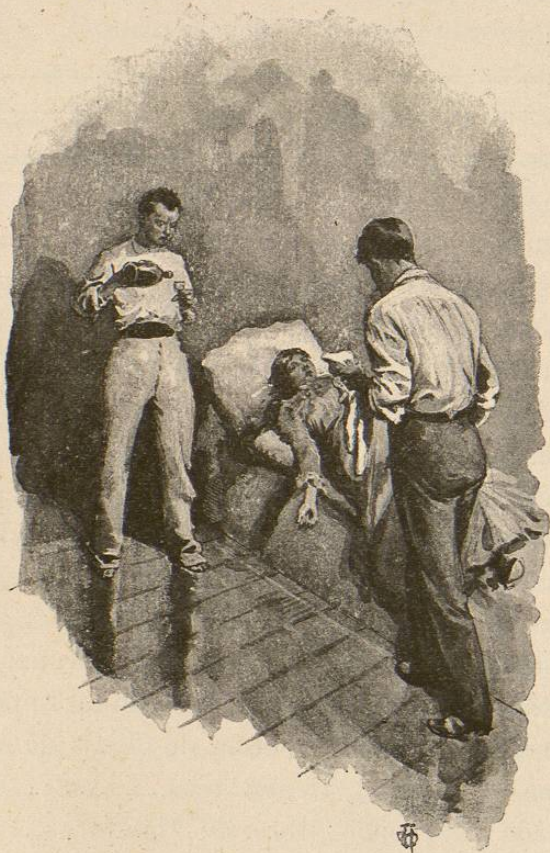
BAJO EL TAMBUCHO

CREO que se nos desmaya, Cornias... Era de esperar... El horror, el frío... ¡Desgraciada de ella... desgraciado de mí... desgraciados de todos, si esto ocurre antes de llegar tú á recogernos! Ya no podía más... me faltaban palabras para alentarla; fuerzas para sostenerla... y para sostenerme yo mismo. ¡Qué situación, Cor-

nias! ¡Qué cuarto de hora tan espantoso! Anda más de prisa... Ten firme... Aquí, sobre este banco... ¡Santo Dios! ¡si me parece que sueño!... Arrolla la colchoneta por esa punta para que sirva de almohada... Así... Ahora convendría reaccionarla; pero ¡cómo?... Con qué tenemos; pero ¡cómo? vuelvo á decir... Destapa ese otro banco y saca cuantas ropas haya dentro del cajón... ¡En el aire!... Yo, al armario de las bebidas alcohólicas... ¡Inspiración de Dios fué el conservarlas aquí!... ¡Y se resiste la condenada vidriera!... Pues por lo más breve... ¿para qué sirven los puños?... Hágase polvo este cristal, y el armario entero si es preciso... Este ron de Jamaica es lo más apropiado... Una copa también... Ampara tú esto de los balances, sobre la mesa... pero dame primero una toalla de ésas para secarme las manos, que chorrean agua... ¡Qué ha de suceder con esta chaqueta que es una esponja?... ¡Fuera con ella!... Vete echando ron en la copa... Venga ahora... Pero aguárdate que la enjague antes la cara... ¡Dios de Dios! ¡que yo no pueda hacer aquí lo que es más

necesario... casi indispensable! aflojarla estas ropas empapadas... quitárselas de encima. ¡Si me fuera dado ver y no ver; maniobrar con los ojos cerrados!... La copa en seguida... Ron en las sienes... en las ventanillas de la nariz... entre los labios... ¡Pero si con ese talle tan oprimido no pueden funcionar los pulmones!... Yo bien veo dónde está la abertura de la coraza... pero ¡no sería una profanación poner las manos ahí?... ¡No se me caerían de las muñecas?... Y hay que hacer algo por el estilo, y sin tardanza... Por la espalda si acaso... Justo: la misma cuenta sale... Tu cuchillo, Cornias... Ayúdame á ponerla boca abajo... ¡Dios me dé tino suficiente!... Por si acaso, el filo hacia arriba... Ya está cortada la tela del vestido... Ahora las trencillas del corsé... y estos cinturones... Esta es obra más fácil... Trae aquel impermeable y tiéndele encima de ella y de mis manos, que no tienen ojos... Así... Ya queda el tronco libre de ligaduras... A volverla ahora de costado... ¿Ves cómo respira con menos dificultad?... Más ron en seguida... ¡en el aire, Cornias! Le siente

en los labios... Ten la copa un instante mientras la incorporo yo... Así... ¡Nieves!...



¡Nieves!... Dame la copa tú. ¡Nieves! un sorbito de esta bebida para entrar en

calor... A ver, poquito á poco... Allá va... ¡Lo paladea, Cornias, lo paladea... y entreabre los ojos! ¡Sea Dios bendito!... Otro sorbo más, Nieves, hasta apurar la copa, aunque le repugne á usted: es esencia de vida... ¡Ajá!... Prepara otra, Cornias, por si acaso... Mira, hombre, ¡todavía conserva en el pecho parte de las flores que se había prendido esta mañana!... Sobre que se están cayendo... Toma. No las tires: guárdalas en ese armario abierto... por si pregunta por ellas... ¿Se siente usted mejor, Nieves? ¿Quiere usted otro poco de la misma bebida para acabar de reaccionarse?... ¡Mira, Cornias, qué fortuna en medio de todo! Ya vuelve en sí... ya está en sus cabales... ¡Bendito sea Dios!

El pudor, que es el sentimiento más afinado en la naturaleza de la mujer, fué lo primero que vibró en la de Nieves al recobrar ésta el dominio de su razón. Notó la flojedad del cuerpo de su vestido, miróse, le vió desentallado, reparó en el impermeable que la cubría los hombros; y con una mirada angustiosa preguntó á Leto la causa de ello.

— Lo he rasgado yo — respondiéndola el mozo, tan ruborizado como la interpelante, — porque era de necesidad abrir por algún lado para que usted respirara con desahogo... y elegí ese lado de atrás por parecerme menos... vaya, menos... y aun eso se hizo, al llegar al corsé, bajo el impermeable que no se le ha vuelto á quitar á usted. ¿Es cierto, Cornias?

Cornias dijo que sí; y Nieves bajó la cabeza, estremeciéndose, y se arropó con el impermeable. Estaba pálida como un lirio, casi amoratada; chorreábale el agua por cabellos y vestido, y había una verdadera laguna en el suelo de la cámara; porque Leto, por su parte, era una esponja inagotable, de pies á cabeza.

— Ahora, Nieves, — la dijo éste casi imperativamente, pero traduciéndosele en la voz y en la mirada la compasión y el interés de que estaba poseído, — va usted á hacer, sin un momento de tardanza, lo que debió de haberse hecho en lugar de lo poco que yo hice... porque no me era lícito hacer más: está usted empapada en agua, está usted fría; y eso no es sano:

hay que quitarse esa ropa... ¡toda la ropa! enjugarse bien, fricciónarse si es preciso, y volverse á arropar: yo no tengo vestidos que ofrecerla á usted, ni en estas soledades han de hallarse á ningún precio; pero tengo algo seco, limpio y muy á propósito para que pueda usted envolverse en ello y abrigarse... Vea usted una... dos... tres grandes sábanas de felpa... dos toallas... unas pantuflas sin estrenar, algo cumplidas de tamaño; pero donde cabe lo más, cabe lo menos... Otro impermeable... ¿Se acuerda usted de la tarde en que les enseñé estas prendas visitando ustedes esta cámara? ¡Mal podía imaginarme yo entonces el destino que les estaba reservado para hoy! En medio de todo, bendito sea Dios; que menos es nada... Conque á ello, Nieves... y tome usted antes otros dos sorbos de ron para rehacerse un poquito más... No insistiría, porque sé que le repugna este licor, si tuviera usted quién la ayudara en la tarea en que va á meterse; pero, desgraciadamente, tiene usted que arreglarse sola, y hay que cobrar fuerzas... Vamos, otro sorbito... y tú, Cornias, ¡listo á pasar un

lampazo por estos suelos!... Vea usted bien, Nieves: sobre la mesa pongo, para que las tenga usted más á la mano, las sábanas, las toallas y las babuchas... Allí queda el capuchón impermeable; y la botella del ron para el uso que la indiqué antes y la recomiendo mucho, en este armario... Después se pasa usted á aquel otro banco que está seco, y se acuesta un ratito... Para su mayor tranquilidad, voy á correr las cortinillas de los tragaluces... No hay ojos humanos en el yacht, capaces de un atrevimiento semejante; pero usted no tiene obligación de creerlo... ¿Ve usted? Después de corridas las cortinillas, queda sobrada claridad para lo que tiene usted que hacer... ¡Ah! por si se le ocurre llamar mientras esté sola aquí adentro: esta puerta de entrada tiene un cuarterón de corredera: observe usted cómo se abre y se cierra... Por aquí puede usted pedir lo que necesite... ¡Listo, Cornias, que apura el tiempo!... Conque ¿estamos conformes, Nieves? ¿Hay fuerzas? ¿Sí? Pues á ello sin tardar un instante. Y ¡ánimo! que Dios aprieta, pero no ahoga.

Nieves, que había estado con la mirada fija en Leto, sin perder una palabra, ni un movimiento, ni un ademán del complaciente muchacho en su afanoso ir y venir, cuando le tuvo delante, á pie firme y en silencio pidiéndola una respuesta, se la dió en una sonrisa muy triste; pero muy dulce.

En seguida se llevó ambas manos á la frente y se estremeció de nuevo, exclamando:

— ¡Dios mío, qué ideas me acometen de pronto, tan negras, tan raras!... ¡qué sobresaltos, qué visiones!... Estoy como en una pesadilla horrorosa... Mi pobre padre, tan tranquilo y descuidado en Pelechés; yo, sin saberlo él, aquí ahora, de esta traza, en este mechinal... y un momento hace... ¡Dios eterno!... Leto... yo estoy viva de milagro... yo he debido de ahogarme hoy.

— No, señora, — respondió Leto muy formal.

— ¡Que no? Pues si no es por usted, primero, y por la destreza de Cornias en seguida... confesada por usted mismo cuando le veía acercarse...

— Cornias ha cumplido con su deber, como yo he cumplido con el mío; pero usted no podía ahogarse de ningún modo...

— ¿Por qué?

— Porque... porque no: porque para ahogarse usted era preciso que antes me hubiera ahogado yo, y después el yacht con Cornias adentro, y después los peces de la mar, y la mar misma en sus propias entrañas, ¡y hasta el universo entero!... porque hay cosas que no pueden suceder ni concebirse, y por eso no suceden... Y ¡por el amor de Dios! esparza usted ahora esos tristes pensamientos, como yo esparzo los míos... que son bien tristes también, y muy mortificantes y muy negros, y conságrese sin perder minuto á hacer lo que la tengo recomendado; porque no da espera. Tiempo sobrado nos quedará después para hablar de eso... y entregarme yo á la Guardia civil para que, atado codo con codo, me lleve á la cárcel, y después me den garrote vil en la plaza de Villavieja.

— ¡A usted, Leto?

— A mí, sí; porque, en buena justicia,

debió de haberme tragado la mar en cuanto la puse á usted en brazos de Cornias.

— Pero ¿habla usted en broma ó en serio?—le preguntó Nieves, contristada con el tono y el ademán casi feroces de Leto.

— Pues ¿no ha conocido usted que es broma para distraerla de sus visiones?—respondió éste fingiendo una risotada de mala manera, abochornado por su imprudente sinceridad. — Lo que la repito en serio es que urge quitarse todas esas ropas mojadas.

— ¿Y las de usted? — le dijo á él Nieves viendo como le chorreaba el agua por las perneras abajo, — ¿no son ropas mojadas?

— Las mías — respondió Leto—no hacen daño donde están ahora; somos antiguos y buenos amigos el agua salada y yo... Además, ya están casi secas y acabarán de secarse al aire libre adonde voy á ponerlas en seguida con el permiso de usted. Vamos á ir empopados, y cuento con llegar al puerto en tres cuartos de hora; echemos otro hasta el muelle: la hora justa desde aquí... Téngalo usted presente para hacer su *toilette*... y hasta luego.

Con esto salió de la cámara, cerró la puerta y voceó á Cornias, que ya estaba esperándole con la maniobra *aclarada* y la sangre helada aún en sus venas con el recuerdo del espantoso lance que no se le borraría de la memoria en todos los días de su vida.

Se izaron las velas, se puso el *Flash* en rumbo al puerto, y cayó su piloto, no en su embriagadora obsesión de costumbre en casos tales, sino en las garras crueles de sus amargos pensamientos. Volaba el yacht cargado de lonas, arrollando garranchos y carneros, saltando como un corzo de cresta en cresta y de seno en seno, circuido de espumas hervorosas, juguetón, ufano... ¿Y para qué tanta ufanía y tanta presteza? Para tortura del pobre mozo, que veía en la llegada al puerto la caída en un abismo sin salida para él... Mirárase el caso por donde se mirara, siempre resultaba el mismo delincuente, el mismo responsable: él, y nadie más que él. Fué débil complaciendo á Nieves, sin consentimiento de su padre, en un antojo tan serio, tan grave, como el de salir á la mar á hurtadillas y con el

tiempo medido: fué un mentecato, un majadero, haciendo valentías en ella, sin considerar bastante los riesgos que corría el tesoro que llevaba á su lado; fué un irracional, un bárbaro, rematando sus majaderías con la bestialidad que produjo el espantoso accidente... No lo había dicho en broma, no; merecía ser entregado por la Guardia civil á los tribunales de justicia, y agarrotado después en la plaza pública, y execrado hasta la consumación de los siglos en la memoria de don Alejandro Bermúdez y todos sus descendientes. Y si don Alejandro Bermúdez y la justicia humana no lo consideraban así, ni el uno ni la otra tenían sentido común ni idea de lo justo y de lo injusto... ¡Que Nieves vivía! ¡Y qué, si vivía de milagro, como había dicho muy bien la infeliz? Su caída había sido de muerte, con el andar que llevaba el barco; y en esta cuenta se había arrojado él al mar... Si se obraba el milagro después, bien; y si no se obraba... ¿qué derecho tenía él á vivir pereciendo ella, ni para qué quería la vida aunque se la dejaran de misericordia? Esto no era rebelarse contra